

## INTRODUCCIÓN

Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, hija de padres nobles, aunque humildes, nació en Ávila en 1515. Quedó sin madre cuando apenas contaba doce años. Su padre, D. Alfonso, fué “hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con los criados, tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad (1)”; fué un buen castellano, religioso y austero como un patriarca antiguo; doce hijos tuvo, como Israel.

Alternaban por entonces en lecturas caseras las *Vidas de Santos* y los *Libros de Caballerías*; Teresa, cuando niña, sintió el entusiasmo de estas lecturas maravillosas y envidió a sus héroes, reales ó fantásticos paladines de la religión o del amor.

Despertó su juventud a los encantos de unas galanterías, y fué curiosa de su belleza (2), y dióse un

---

(1) Santa Teresa: *Libro de su Vida*, cap. I.

(2) “Era de muy buena estatura, y en su mocedad, hermosa, y aun después de vieja, parecía harto bien.” *Vida de Santa Teresa*, por el padre Ribera. Sobre el retrato de la Santa véase el artículo de Angel M. de Barcia en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1909, pág. 1-15.

---

poco tiempo a inocentes vanidades. “Nunca era aficionada a mucho mal, porque cosas deshonestas, naturalmente las aborrecía (1).”

Una buena monja encendió en su alma el deseo de las cosas eternas; un hermano de su padre, hombre avisado y de grandes virtudes, que acabó fraile, adoctrinóla en el desprecio de las glorias del mundo: antes de los veinte años tomó el hábito de Carmelita, en Ávila, en el convento de la Encarnación.

La clausura quebrantó su salud; graves enfermedades tuviéronla a la muerte. Un alto ideal de virtud, superior a la ordinaria vida del convento, cautivó su espíritu; y ante este ideal, sus anhelos y desesperanzas, su extremado rigor en la propia censura, causáronle hondas inquietudes: su juventud, en el secreto de su conciencia, fué un drama emocionante.

La voluntad, por fin, venció al dolor, y el entusiasmo de la fe disipó las *sequedades* de la devoción; hacia 1555, Teresa de Jesús, triunfante de sí misma, renació a nueva vida: “la de hasta aquí era mía, la que he vivido —en adelante— es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía (2).”

La Orden del Carmelo había mitigado, mediante bulas pontificias, la aspereza de sus antiguas constituciones; Teresa de Jesús, hallando tales privilegios excesivamente anchos y regalados para sus propósitos, fundó en Ávila, en 1562, un convento de Car-

---

(1) *Libro de su Vida*, cap. II.

(2) *Ibidem*, cap. XXIII.

---

melitas Descalzas, restableciendo la Regla en su primera austeridad.

Ocasiónóle esto gran tormento de injurias, burlas y murmuraciones; los Carmelitas de la Regla mitigada alzaron frente a ella la más tenaz contradicción; y fué la lucha larga y penosa; fué un amargo calvario para la humilde monja.

No obstante, la reforma, fuerte en entusiasmo, abatió la protesta; multiplicáronse sus conventos; prendió su espíritu en las gentes sencillas, y con increíble rapidez, se esparció por el mundo. “Es maravilla nueva—dice el Maestro Fray Luis de León (1)—una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande y tan sabia y tan eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones que trataba, para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí a todo lo que aborrece el sentido.” Muchos millares de Carmelitas Descalzos de ambos sexos siguen aún su espíritu y mantienen su Regla por todas las naciones.

La Madre Teresa de Jesús, enferma y perseguida, indiferente al dolor y piadosa con sus detractores, pródiga de amor y de misericordia, es alto ejemplo del ideal cristiano; aparte de esta universalidad de su virtud, por la viveza de su espíritu, por la hidalguía de su carácter, por el donaire de su ingenio pertenece propiamente al alma castellana.

Vivió en un siglo de historia brillante para nues-

---

(1) Carta a las Madres Carmelitas Descalzas de Madrid, *Bibl. Aut. Esps.*, LIII, pág. 17.

tra Iglesia, cuando el Padre San Ignacio fundó la Compañía; cuando el venerable Maestro Fray Juan de Ávila arebataba al pueblo con sus predicaciones; cuando el Duque de Gandía renunciaba a las grandezas de sus títulos en su famosa conversión; combatía el rey D. Felipe Segundo el poderoso empuje del protestantismo, y triunfaba en Lepanto, en insigne batalla, la causa de la Cruz.

La Santa Madre, después de afirmar por sí misma su obra, con la fundación de treinta y dos conventos, murió en Alba de Tormes en 1582. Fué canonizada por Gregorio XV en 1622.

Por obediencia fué escritora; debemos sus libros principales a instancias de sus confesores y sus monjas.

El *Libro de su Vida* es la confesión de su historia; el *Libro de sus Fundaciones* y sus *Cartas* son la historia de su reforma; los libros *Camino de Perfección*, *Conceptos del Amor Divino* y LAS MORADAS son la historia de la vida de su conciencia.

El misticismo español en el siglo XVI produjo una brillante literatura; en ella los libros de Santa Teresa distingüense entre los más ilustres, entre los de Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Malón de Chaide, etc., del mismo modo que su interesante y original personalidad se destaca sobre las principales figuras de su tiempo: místicos, ascetas, fundadores de Ordenes, propagandistas de la fe.

La más famosa de sus obras es LAS MORADAS O CASTILLO INTERIOR, obra de su vejez, en la cual, bajo artística forma, encerró la síntesis de sus experiencias espirituales. Interesa principalmente a la teología mística; interesa también a la historia literaria y a la filología. Ha sido traducida a todas las lenguas de Europa.

Explica en ella su doctrina, considerando al alma como un magnífico Castillo, en cuyo centro, en la Morada más rica y secreta, hállase Dios. Dios es la suprema aspiración del misticismo; el acicate es el amor, y el conocimiento de sí mismo es el camino; llégase, pues, a El ahondando en nuestro espíritu, estudiando nuestra conciencia, entrando en nosotros mismos hasta el fondo de este nuestro Castillo interior; la Santa Doctora del amor divino guía al alma en dicho conocerse, y paso a paso la conduce desde la cerca del Castillo hasta la última Morada, en que aguarda la deseada unión con el Amado.

En la práctica de esta doctrina la Santa concierta convenientemente lo espiritual y lo positivo; la vida puramente contemplativa no es la perfección: Marta y María deben ir juntas en el servicio del Señor. Un admirable sentido práctico alienta, en efecto, en todos sus consejos y da calor humano aun a las más altas concepciones de su entendimiento: “¿Y piensan que allí — en la contemplación — está todo el negocio? Que nó, hermanas, nó, obras quiere el Señor: y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor

te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma (1).”

Fuente principal de su conocimiento fué su misma experiencia; apoyo constante de sus enseñanzas, la Santa Biblia (2); largos viajes por los pueblos de España, calumnias, protecciones, buenas y malas voluntades, diéronle a conocer el corazón humano. Tuvo especial aptitud para el análisis psicológico, poderosa fuerza de abstracción e imaginación poética; con estos elementos, al declarar los secretos de su vida espiritual, desentrañó la naturaleza del más puro misticismo y dió forma a una doctrina completa.

Rasgo originalísimo que anima sus páginas es la sana alegría, el dulce regocijo de su alma, no descaída por años, enfermedades ni quebrantos; gracias a esto son amenas, explicadas por ella, materias a veces insoportables en volúmenes sabios.

A la constante lozanía de su ingenio unía una incontrastable fortaleza de ánimo; sesenta y dos años tenía cuando en 1577 escribió LAS MORADAS, y, no obstante las graves contrariedades que por entonces la combatían, nada en su libro denota cansancio ni amargura; en los momentos difíciles crecía su espíritu, como si a todo el mundo llevase bajo sus pies; “las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas

---

(1) LAS MORADAS, pág. 133-10.

(2) El señor Morel-Fatio ha publicado un notable artículo sobre “Les Lectures de Sainte Thérèse”, *Bulletin Hispanique*, 1908.

por mi Cristo y por mi religión, son regalos y mercedes para mí...; ¡cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos (1)!”

Su estilo es la misma ingenuidad: no hay en él estudio ni artificio. Si en su niñez escribió, según el padre Ribera, un libro de Caballerías, en sus escritos conservados nada lo recuerda (2). Tiene su lenguaje el calor de la confesión y la dulzura del consejo; con sus imágenes sencillísimas, con sus provincialismos y refranes, declara los conceptos más abstractos de la mística teológica “como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego”.

Fray Luis de León (3) habló de los libros de la Santa en los siguientes términos: “En la alteza de las cosas que trata, y en la seguridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos, me parece que

---

(1) Carta de 25 de mayo de 1579. *Obras de Santa Teresa*. ed. de Orga, tomo I, núm. 27.

(2) Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. CCXIV. Las frases que el señor Morel-Fatio, *l. c.*, pág. 19, atribuye a influencia caballeresca, como “la voluntad es la que mantiene la tela”, *Vida*, XVIII; “como quien pelea contra un jayán fuerte”, *Vida*, XX, etc., son pocas, cinco en suma, y discutibles.

(3) Carta a las Madres, etc., pág. 19.

no es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano: que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee... Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por dondequiera que pasan.”

La presente edición de LAS MORADAS sigue fielmente al manuscrito de la Santa, mediante la reproducción autografiada de Sevilla, 1882 (1). En todas las ediciones anteriores, desde la más antigua (Salamanca, 1588), hasta la de la Biblioteca de Autores Españoles (Madrid, 1877), se encuentran abundantes descuidos, malas lecturas y aun graves omisiones. Don Vicente de la Fuente, así en la edición de dicha Biblioteca, como en la suya propia (Madrid, 1881), no obstante su buena voluntad, incurrió en hartos

---

(1) “*El Castillo Interior o Las Moradas*, escrito por St.<sup>a</sup> Teresa de Jesús. Edición autografiada e impresa según el texto original, propiedad de sus hijas las Religiosas Carmelitas Descalzas del Convento de San José de esta ciudad. Publicado con motivo del tercer centenario de la gloriosa muerte de la Santa, por iniciativa y bajo la dirección del Emo. y Rmo. Fr. Joaquín Cardenal Lluch, Arzobispo de Sevilla, del Sagrado y Primitivo Orden de Nuestra Señora del Carmen. Litografía de Juan Moyano. Autografiado en la Biblioteca pública de la Dignidad Arzobispal por José M.<sup>a</sup> Requejo y Acosta. Año de 1882.” La segunda parte de esta edición, o sea la parte impresa, deja bastante que desear.



---

defectos (1) en cuanto a la fijación del texto, sin duda por haber utilizado una copia manuscrita del siglo XVIII y no el texto original.

El padre Fray Jerónimo Gracián, provincial de los Carmelitas y amigo de la Santa, corrigió en muchos lugares el autógrafo de LAS MORADAS; Fray Luis de León, enérgicamente condenó tales correcciones (2); según su consejo, admitiremos solamente

---

(1) Sería largo e inútil apuntar uno por uno estos defectos; basta decir unos cuantos de los que en las *Moradas primeras*, capítulo primero, pueden encontrarse: “No atinaba cosa”, La Fuente; “No atinaba á cosa”, autógrafo; “para que podamos”, La Fuente; “para que apenas podamos”, autógrafo; “no se les da nada de entrar dentro ni saber qué hay en aquel tan precioso lugar ni aun qué piezas tiene”, La Fuente; “no se les da nada de entrar dentro, ni saben que hay en aquel tan precioso lugar ni quien está dentro, ni an qué piezas tiene”, autógrafo, etc.

(2) “En este libro está muchas veces borrado lo que escribió la santa Madre, y añadidas otras palabras o puestas glosas a la margen, y ordinariamente está mal borrado y estaba mejor primero como se escribió; y veráse en que a la sentencia viene mejor, y la santa Madre lo viene después a declarar; y lo que se enmienda, muchas veces no viene bien con lo que se dice después, y así se pudieran muy bien escusar las enmiendas y las glosas. Y porque lo he leído y mirado todo con algún cuidado, me pareció avisar a quien lo leyere, que lea como escribió la santa Madre, que lo entendía y lo decía mejor, y deje todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa, delo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado o borrado de su misma mano, que es pocas veces. Y ruego por caridad a quien leyere este

las enmiendas de la misma autora, **prescindiendo en absoluto de todas las demás.**

Sería exageración reproducir el manuscrito con sus descuidos gráficos, repeticiones inconscientes de letras o sílabas, olvidos de tildes, etc.; estos detalles, pues, corregiremos, dando cuenta de ellos en un Apéndice, pág. 319.

Conservaremos rigurosamente las formas familiares de su lenguaje: *primito*, 141-19; *intrevalos*, 144-3; *pusilaminidad*, 22-9; *anque*, 3-1; *muestro*, 143-15, etc., y asimismo todo rasgo que pueda encerrar algún valor filológico, hasta las incorrecciones de ciertas frases latinas, escritas por la Santa a su manera, v. págs. 46-22, 68-6, etc. Atendiendo al carácter vulgarizador de *Clásicos Castellanos* ha sido necesario modernizar la ortografía del manuscrito.

La parte de anotación es modestísima; fúndase en la lectura de las obras de la Santa, auxiliada con algunos artículos eruditos, monografías, tablas fina-

---

libro, que reverencie las palabras y letras hechas por aquella tan santa mano, y procure entenderlo bien, y verá que no hay que enmendar, y aunque no lo entienda, crea, que quien lo escribió lo sabía mejor; y que no se pueden corregir bien las palabras si no es llegando a alcanzar enteramente el sentido dellas; porque si no se alcanza, lo que está muy propiamente dicho, parecerá impropio, y desa manera se vienen a estragar y echar a perder los libros." Hállase manuscrita esta nota en la primera página del original de LAS MORADAS. Fray Luis no la firmó, pero se le atribuye con fundadas razones. Véanse notas 68 a 71 de fray Tomás de Aquino, *Bibl. de Auts. Esps.*, LIII, 419.

CLÁSICOS CASTELLANOS

# SANTA TERESA

## LAS MORADAS

EDICIÓN Y NOTAS DE TOMÁS NAVARRO TOMÁS

MADRID  
EDICIONES DE «LA LECTURA»  
1916

1485-84  
20/2/19